TRADUCCIÓ

Original en catalán, publicado en Revista *Felibrejada* núm. 102 (2025), págs. 289-309, del Grup d'Història del Casal de Mataró.

Traducción realizada por el autor.

Eureka!

Los hallazgos arqueológicos por azar.

Joan Carles Alay i Rodríguez¹

Comissió de Patrimoni Societat Catalana d'Arqueologia (SCA)
Seminari d'Estudis i Recerques Prehistòriques (SERP)

Cuando, inesperadamente, nos encontramos con un objeto que puede ser arqueológico, ¿qué hemos de hacer?, ¿cuándo es un hallazgo casual y cuándo es una acción arqueofurtiva?, ¿premio o castigo?...

Preguntas con respuestas que no siempre son tan esclarecedoras como podríamos esperar. La historiografía arqueológica está llena de grandes hallazgos por azar que en realidad no lo han sido; héroes en la preservación del común patrimonio que eran sus depredadores. Analizaremos algunos casos, buscando el límite entre la casualidad y el expolio.

El contexto arqueológico es de capital importancia en la metodología científica y es precisamente uno de los valores más afectados por las acciones arqueofurtivas². La alteración del contexto es fundamental para diferenciar los hallazgos casuales del saqueo. Distinguiremos tipos de descontextualización que nos permitirán esclarecer estas diferencias.

Buscaremos respuestas a las preguntas planteadas, argumentando y desarrollando propuestas para desvanecer dudas y avanzar hacia una protección del patrimonio arqueológico cada vez más eficaz.

¹ Correo de contacto: joancarlesalay@yahoo.es. Este artículo es parte del proyecto de R+D+I 'ValTArq', con referencia PID2021-124498NB-I00P y financiado por FEDER, UE y por MICIU/AEI /10.13039/501100011033.

² El arqueofurtivismo es la actividad llevada a cabo por las personas que realizan remociones y/o exploraciones, tanto en la superficie terrestre como en el subsuelo y/o medio subacuático, que tienen por finalidad descubrir, documentar, estudiar, investigar, recoger, extraer y/o comprobar la existencia de bienes arqueológicos, tanto muebles como inmuebles, sin la autorización ni el rigor científico correspondientes, implicando su pérdida y/o destrucción, total o parcial, la alteración de su contexto y/o la afectación de todos o alguno de los sus valores (Alay 2021, 19-25).

1 Los hallazgos por azar

Nos interesa saber qué se entiende por hallazgo casual, fortuito o por azar en la ley, y en especial la del patrimonio cultural. La vigente ley catalana de 1993, no facilita concepto alguno, por lo que nos debemos remitir a la estatal de 1985. En el tercer apartado de su artículo cuarenta y uno, dice textualmente que “se consideran hallazgos casuales los descubrimientos de objetos y restos materiales que, poseyendo los valores que son propios del Patrimonio Histórico Español, se hayan producido por azar o como consecuencia de cualquier otro tipo de remociones de tierra, demoliciones u obras de cualquier índole”.

José Luis Álvarez, que fue ponente en la comisión del Congreso de los Diputados que elaboró la ley, a partir del proyecto presentado por el Gobierno, considera diferentes grados de azar incluidos en esta definición (Álvarez 1989, 752-753).

El primero es al que denomina el hallazgo estricto. Quien pasea, por ejemplo, por el campo y se encuentra una lápida; el labrador que encuentra una urna con su arado; el buceador que encuentra un ánfora; el excursionista que entra en una cueva y descubre un exvoto...

El segundo son los hallazgos por azar, removiendo el suelo. Es el caso de encontrarlos al realizar cimentaciones de un nuevo edificio o nivelaciones para construir una carretera...

El tercero, las demoliciones. Se refiere a las demoliciones totales o parciales de edificios en los que aparecen paredes, fragmentos arquitectónicos que habían sido aprovechados, ocultaciones...

Finalmente, de acuerdo con este autor, se hace referencia a las obras “de cualquier índole”, para incluir los hallazgos casuales por obras que no sean estrictamente remociones o demoliciones, como reparaciones, trabajos mineros...

Los descubridores tienen derechos y obligaciones. La normativa catalana les hace referencia. En cuanto a las obligaciones, los descubrimientos de bienes arqueológicos hechos por azar, deben comunicarse en el plazo de cuarenta y ocho horas al Departamento de Cultura, a un museo público de Catalunya o al ayuntamiento correspondiente (artículo 51 de la Ley 9/1993 y artículo 22.1 del Decreto 78/2002 del Reglamento de protección del patrimonio arqueológico y paleontológico). Salvo, que deban efectuarse remociones de tierras para la extracción del bien, o se trate de un hallazgo subacuático, en cuyos supuestos deben permanecer en el lugar originario (artículo 51.3 de la Ley).

El reglamento especifica que los bienes deben permanecer en su emplazamiento original, excepto cuando se trate de bienes que se encuentren en la superficie terrestre y sean fácilmente transportables por parte de la persona que los ha encontrado. Nunca se pueden extraer los bienes cuando sea necesario hacer cualquier remoción de tierra, por mínima que sea, o cuando sea necesario desvincularlo de algún otro objeto o resto. Mientras no

se efectúa la entrega, se le aplican las normas del depósito legal³ (artículo 22.1).

En cuanto a los derechos, se prevé un premio económico. El origen de este discutible premio procede del derecho romano, del que es en gran parte heredera nuestra actual legislación. El vigente Código Civil gratifica a los “descubridores” con la propiedad de lo hallado o compensaciones económicas. Adquieren de este modo, por ocupación, los bienes apropiables por su naturaleza que carecen de propietario, el tesoro oculto y las cosas muebles abandonadas (artículo 610 del Código Civil).

Por tesoro se entienden los depósitos ocultos e ignorados de dinero, joyas u otros objetos preciosos, cuya legítima pertenencia no conste (artículo 352 del Código Civil). Pertenece al propietario del terreno en el que se encuentra. Cuando el descubridor no sea el propietario, se reparte en partes iguales (artículo 351 del Código Civil).

Los hallazgos de cosas muebles que no sean tesoros, están regulados por la ocupación, como modo de adquirir la propiedad. Deben restituirse al anterior poseedor y, caso de no saber de quién se trata, consignarla inmediatamente al ayuntamiento del municipio donde se haya encontrado. El ayuntamiento debe hacer lo posible para localizarle y si no aparece, en el plazo de dos años, el hallazgo se adjudica al descubridor. Hay la obligación de hacerse cargo de los gastos de depósito y de premiar económicamente al descubridor, en caso de aparecer el propietario (artículos 615 y 616 del Código Civil)⁴. Los derechos y obligaciones sobre el hallazgo de las cosas lanzadas al mar o de las que las olas lleven a la playa, deben regularse -conforme con el artículo 617 del Código Civil- mediante leyes especiales⁵.

Ahora bien, con la declaración de dominio público (Barcelona 2000) de “todos los objetos y restos materiales que posean los valores que son propios del patrimonio histórico español y sean descubiertos a consecuencia de excavaciones, remociones de tierra u obras de cualquier índole o por azar” del artículo 44.1 de la ley estatal de patrimonio (referido en el artículo 53 de la ley catalana), este tipo de gratificaciones, mantenido en las anteriores leyes de patrimonio (Alay 2000), no son posibles. Los bienes de dominio público son inalienables, imprescriptibles e inembargables (artículo 132.1 de la Constitución española de 1978), y por ello no puede haber ocupación ni indemnizaciones⁶.

³ El depósito está regulado en el Código Civil, artículos 1758 a 1784. Básicamente, las obligaciones son guardar el bien y entregarlo. El depositario es responsable de los daños que puedan producirse durante el depósito.

⁴ La ocupación, de las cosas inmuebles, se regula por la usucapión (según el derecho civil catalán y artículos 1957 y 1959 del Código Civil).

⁵ Ley 60/1962 por la que se regulan los auxilios, remolques, hallazgos y extracciones marítimas y su reglamento de desarrollo (Decreto 984/1967). La actual Ley 14/2014 de Navegación Marítima y su reglamento de 2023 (Decreto 186/2023) siguen, básicamente, la regulación de los hallazgos casuales, pero con la intervención de la autoridad marítima –es probable que se revise-.

⁶ Apuntar que los arqueólogos, beneficiarios de una autorización de intervención arqueológica, están obligados a la entrega de los bienes arqueológicos, sin ningún tipo de compensación o premio (artículo 42.2 de la Ley estatal 16/1985 y artículo 27 del Decreto 78/2002 del Reglamento de protección del patrimonio arqueológico y paleontológico). Nota de traducción: El

Aun así, en 1985 se optó por continuar la tradición y premiar a los descubridores por, digamos, el mérito de haber rescatado para la colectividad un legado del pasado (Alegre 1994, Vol. II 412-420 y Álvarez 1989, 749-756). Por tanto, según el contenido del artículo 44.3 de la ley estatal (la catalana se remite al mismo, artículo 51.4), el descubridor y el propietario del lugar del hallazgo tienen derecho, en concepto de premio en metálico, a la mitad del valor que se atribuya en tasación legal, que se distribuirá en partes iguales. Si fuesen dos o más los descubridores o los propietarios, se mantendrá la misma proporción.

Juan Manuel Alegre analizó esta distribución, indicando las diferentes posibilidades (Alegre 1997). Las distintas combinaciones se basan en la regulación del articulado en cuanto a:

A Distribución “por partes iguales” entre descubridor y propietario.

B Mantenimiento “de igual proporción” al ser dos o más los descubridores o los propietarios.

Con estas reglas, llega a las siguientes conclusiones:

a Concurrencia en una misma persona de las cualidades de descubridor y propietario: todo el premio será para esta persona.

b Pluralidad de propietarios, siendo todos descubridores. El premio, la mitad del valor del hallazgo, debe ser distribuido entre los distintos propietarios en partes iguales, sin considerar las diferentes cuotas de participación en la propiedad del terreno.

c Propietario único del terreno, ajeno al hecho del descubrimiento. Propietario y descubridor se repartirán el premio en partes iguales, es decir, una cuarta parte del valor del hallazgo para cada uno de ellos.

d Uno o diversos propietarios, ajenos al hecho del descubrimiento, realizado por una o diversas personas extrañas a la propiedad. Resulta indiferente el número de descubridores, de forma que el premio debe repartirse entre todos ellos, propietarios y descubridores, por partes iguales, sin considerar su cualidad de propietarios o descubridores.

e Pluralidad de propietarios, uno o más, pero no todos, son descubridores. El premio se distribuirá en tantas partes como propietarios haya, con independencia de que uno, o alguno de ellos, sean los descubridores.

f Unidad o pluralidad de propietarios, en concurrencia en cuanto al hecho del descubrimiento, con uno o varios terceros ajenos a la propiedad. Debe aplicarse la solución de los apartados “d” y “e”.

artículo 44 de la ley estatal de patrimonio de 1985 establece que, para estos bienes, en ningún caso se les aplicará “lo dispuesto en el artículo 351 del Código Civil” sobre los tesoros.

De la tasación de los hallazgos se encarga una comisión compuesta por tres académicos, prevista en la Ley de expropiación forzosa de 1954 (artículo 78) (Tamayo 1965 i Barcelona 2021).

El incumplimiento de las obligaciones de comunicación del hallazgo y entrega de los bienes arqueológicos, está sancionado en la vigente Ley 9/1993 del patrimonio cultural catalán como infracciones graves (artículo 71.3.f), con unas multas de entre 6.010,12 y 210.354,24 euros⁷. Por vía penal, puede ser condenado por apropiación indebida a pena de prisión de seis meses a dos años, habida cuenta del agravante del valor artístico, histórico, cultural o científico. Si el valor económico del hallazgo no excede de cuatrocientos euros, la pena es una multa de uno a dos meses (artículo 254 del Código Penal) (Faraldo 2020)⁸.

2 Hallazgos sin azar

La historiografía arqueológica peninsular está llena de grandes descubrimientos por azar. En 2016 se encontró el tesoro de Tomares (Sevilla) (Vázquez y Garrido 2017) y en 2020, la leona íbera de La Rambla (Córdoba)⁹. Ahora bien, no siempre los hallazgos han sido ejemplares. Cuando nos fijamos detenidamente en las circunstancias, advertimos, que muchos de ellos, estrictamente por azar, no fueron (Alay 2020, 153-154).

2.1 El tesoro de Guarrazar

El 25 de agosto de 1858, se encontró “casualmente” el tesoro visigodo de Guarrazar (Guadamur, Toledo).

La familia Morales-Pérez -Francisco, María y su hijastra Escolástica- regresaba a Guadamur desde Toledo, cuando se detuvieron en la fuente de Guarrazar. La chica tuvo necesidades fisiológicas y se apartó del grupo. Algo que brillaba le llamó la atención: joyas. Llamó a sus padres y, advirtiendo el valor material del hallazgo (oro y piedras preciosas), no acudieron inmediatamente a las autoridades, sino que regresaron por la noche para extraer todos los objetos que pudieron.

Posteriormente, los vendieron a diferentes plateros toledanos. Al mismo tiempo, un vecino, Domingo de la Cruz, observó estas movidas nocturnas y se puso a remover por su lado, descubriendo un segundo lote del tesoro.

⁷ Los importes resultan de la conversión en euros por Resolución del Departamento de Cultura CLT/53/2002 de 2 de enero (DOG núm. 3561, de 25 de enero de 2002). Corresponden a los anteriores importes de 1.000.000,- de pesetas (6.010,12 euros) y 35.000.000,- de pesetas (210.354,24 euros).

⁸ Para saber más sobre el aspecto jurídico de los hallazgos por azar, además de las publicaciones referidas, se recomiendan los artículos de José Luis Moreu Ballonga (1979 y 1993) y de María Elena Sánchez Jordán (2004), referenciados en la bibliografía.

⁹ https://www.elespanol.com/cultura/historia/20201030/agricultor-halla-forma-casual-cordoba-espectacular-leona/532196976_0.html

Todas estas personas no realizaron una única venta, sino que durante años guardaron piezas en casa, desprendiéndose gradualmente de las mismas según las ofertas. Las peripecias y dispersión de este extraordinario tesoro ya han sido detalladamente expuestas (Balmaseda 1995a, 1995b, 1996 y 1999 y González Olaya 2021).

En la actualidad, las piezas conocidas del Tesoro de Guarrazar (siglo VII d.C.) se encuentran distribuidas entre el Museo Arqueológico Nacional, el Palacio Real de Madrid y el Museo Cluny de París. Se cree que la mayoría de las piezas descubiertas (coronas, cruces, cálices...), que probablemente duplicaban en número a las conservadas, fueron fundidas por los plateros toledanos. Aun así, teniendo en cuenta que entre las desaparecidas se encuentran algunas de las más valiosas (se ha calculado que se encontraron unas veintitrés coronas votivas, de las que únicamente se conservan diez), y los robos, aun sin resolver, de 1921 (entre otras destacadas piezas se llevaron la corona del rey Suintila) y de 1936, no podemos descartar que alguna se encuentre en colecciones privadas.

Entre 2018 y 2023 se han publicado tres novelas históricas sobre el caso (*El último tesoro visigodo* de José Calvo Poyato y *Guarrazar, el Tesoro escondido* de Pedro Antonio Alonso Revenga y *El Icono Sagrado de Guarrazar* de Jesús Martín Fernández).

Nos interesa destacar que el “hallazgo por azar” se reduce al momento del descubrimiento, y, en este caso, incluso se compró el terreno para seguir removiendo. A partir de aquí, todas las remociones realizadas para su extracción -tanto en el lugar como en zonas inmediatas-, son actividades que hoy día calificaríamos de arqueofurtivas. En este caso concreto, en que se reiteraron las remociones, más allá del día del hallazgo, los podríamos calificar de arqueofurtivos casuales retipificados en traficantes (Alay 2022, 304).

Este mismo patrón conductual básico (descubrimiento / extracción-remoción en una o diversas etapas / venta) se reproduce en bastantes de los hallazgos que históricamente nos constan como encontrados por azar.

2.2 La Dama de Elche

La icónica Dama de Elche, encontrada el 4 de agosto de 1897 por azar en Alcúdia, tampoco se ajusta a lo que ahora sería deseable. Hay polémica en cuanto al lugar exacto del descubrimiento y sobre quién fue el descubridor (Ronda 2018). La encontró un grupo de jornaleros. El capataz, Antonio Galiano Sánchez, se proclamó inicialmente como descubridor. La versión oficial, pero, señala a Manuel Campello Esclapez, que entonces tenía catorce años (casi dieciocho, según las últimas publicaciones), quien, en un descanso de los jornaleros, cogió el pico y, removiendo, se encontró con la escultura. En los años cuarenta del siglo pasado, Manuel era el único testigo vivo de los hechos, y sus explicaciones e imagen son las que prevalecieron, constanding así en muchas publicaciones.

En realidad, la descubrió, por lo visto, el jornalero Antonio Maciá Guilló, quien, según manifestaciones de sus herederos, le preocupaban los daños que le hizo con el pico (hoy todavía visibles, en la parte inferior izquierda), y que por ello no le volvieran a contratar, por lo cual, mejor pasar desapercibido. El caso es que Galiano la hizo “excavar con cuidado”. Tenía instrucciones del propietario de que hurgaran con cuidado cuando saliera alguna piedra tallada. Hacía más de cien años que se conocía la existencia de un yacimiento en el lugar y las buenas piezas podían venderse.

La escultura se cargó en un carretón y se llevó hasta la casa del propietario, el doctor Manuel Campello Antón, en Elche. Al día siguiente, los jornaleros siguieron trabajando en el sitio “destruyendo paredes y otras construcciones”. La denominada “reina mora” se expuso en el balcón de la casa familiar del doctor, para ser admirada por los vecinos. El 18 de agosto, se anunció su venta a Pierre Paris para el Museo del Louvre, por 4.000’- francos, y el 30 del mismo mes se la llevaron.

En su contexto histórico, no se puede calificar de arqueofurtivo el hallazgo de la Dama, pero tampoco es ejemplar. Se extrajo con cuidado -aunque sin muchos miramientos-, pero destruyendo el contexto, y, expuesta al aire libre, malogrando los pigmentos que todavía conservaba. En términos actuales, se trataría de una acción arqueofurtiva, calificando a los autores de casuales negociadores (Alay 2022, 304), en tanto no se entregó o vendió a las autoridades, sino que se buscó la mejor oferta.

2.3 Los tesoros de Tivissa

Pere Bosch Gimpera, informaba en el Anuario del Institut d’Estudis Catalans, correspondiente a los años 1913-1914, que había “*entrado, en calidad de depósito, en el Museo Arqueológico de Tarragona, unos objetos interesantísimos; es lástima que no se pueda saber cómo se encontraban en el momento del descubrimiento. Fueron adquiridos a un campesino de Mora que dijo haberlos encontrado, a mucha profundidad, haciendo un hoyo para plantar viña, en el lugar denominado el Castellet de Banyoles, de Tivissa, dentro de un recipiente, junto con huesos y cenizas que han desaparecido*” (Bosch 1915, 856).

Parece ser que el hallazgo se produjo hacia el año 1912, y consistió en diez pendientes de oro; dos brazaletes, dos anillos y una hebilla de plata; un mango de espejo de bronce; un objeto de hierro y veintiocho monedas de plata. Gracias a las últimas, se fechó el conjunto al final del siglo III o principios del II a.C.

Una inspección ocular en el lugar no aclaró mucho (el yacimiento todavía no se conocía), y, en el pueblo, prácticamente se ignoraba el hallazgo. “*Después de muchas indagaciones se consiguió saber únicamente que algunos que lo conocían dudaban que hubiera sido en aquel término*” (Bosch 1915, 857).

En 1925, un campesino de Tivissa (Ribera d’Ebre, Tarragona), se presentó en el entonces Servicio de Investigaciones Arqueológicas en Barcelona, para

vender un lote de objetos, que decía se había encontrado en el Castellet de Banyoles de forma casual mientras labraba. Se trataba de un par de bueyes de bronce, un glante de plomo, tres monedas y una fusayola. Se adquirieron y depositaron en el Museo Arqueológico de Barcelona. Este segundo hallazgo, motivó una inspección más cuidadosa del lugar, confirmándose la existencia de restos ibéricos.

Antes de iniciar ninguna intervención arqueológica, en 1927, se descubrió un tercer lote de objetos. El autor del hallazgo resultó ser un campesino de los Masos de Móra (Móra la Nova, Tarragona), propietario de una parcela en el Castellet de Banyoles. Era el mismo que “descubrió” el primer lote.

Este tercer tesoro es el más conocido y espectacular de los encontrados en Tivissa. Consiste en un impresionante conjunto de objetos de plata -cuatro páteras, dos brazaletes y diez vasos, así como fragmentos de otros vasos- y un pequeño recipiente de cerámica, hecho a mano. Ante las pretensiones económicas del campesino, la Junta de Museos de Barcelona no estuvo a la altura de las circunstancias, existiendo incluso la posibilidad de su adquisición por parte de extranjeros. Por suerte, como explica Serra Ràfols, el campesino era tan ignorante como ambicioso, y después de diversas peripecias (sin especificar), todo el lote fue adquirido por el oftalmólogo barcelonés doctor Simón, que, unos años más tarde, lo cedió al Museo Arqueológico de Barcelona (Serra Ràfols 1941).

En las primeras excavaciones, llevadas finalmente a cabo en 1932, se descubrió la primera de las dos emblemáticas torres poligonales, ubicadas en el acceso al yacimiento, confirmando su singularidad e importancia.

Oficialmente, los tres tesoros de Tivissa son hallazgos casuales. Llamen, pero, la atención los numerosos y excepcionales descubrimientos del campesino de Móra, de quien no han trascendido más datos. Fue el autor de los hallazgos del primer y tercer lote y, a pesar de su “ignorancia”, es quien salió más beneficiado económicamente. Prácticamente, no hay datos de las intervenciones arqueológicas realizadas en el que se decía, era el lugar exacto de sus “descubrimientos”, que, según parece, resultaron totalmente estériles.

Todos estos datos me hacían sospechar, que, quizás, los hallazgos no fueran tan al azar como parecía (Alay 2015, 63). Los tesoros de 1912 y 1927 podrían corresponder a ajuares funerarios. Recordemos que el primero lo descubrió “dentro de un vaso, junto con huesos y cenizas”. Se planteaba la hipótesis de que el campesino de Móra hubiera encontrado una necrópolis vinculada al Castellet. Hasta el momento no se conoce ninguna. En caso de ser así, como en tantos otros casos similares, la mayoría de los bienes extraídos arqueofurtivamente se podrían haber vendido -o fundido- y unos pocos entregados al museo como hallazgos fortuitos, para conseguir una compensación económica. Pero, esta vez, parece que no fue así.

Las excavaciones llevadas a cabo en los últimos veinte años, pueden haber localizado los lugares de los hallazgos, al vincularlos con bienes perfectamente contextualizados, que podrían formar parte de ambos tesoros. Los bienes

arqueológicos de 1912, estarían relacionados con el área ocupada por los denominados edificios 1 y 2 de la zona 1, la más occidental del yacimiento. En el edificio 2 se encontraron, un colgante y un pendiente de oro, idénticos a los extraídos por el campesino. En el edificio 1, aparecieron cuatro monedas que también se podrían relacionar con las de 1912 (Sanmartí et al. 2012, 55-56). En cuanto al tesoro de 1927, se vincularía al área del edificio 10, de la misma zona 1, que se cree podría tratarse de un santuario (Sanmartí et al. 2012, 58). Todos estos edificios están cercanos, unos de otros, y es más que probable que el campesino realizara los hallazgos mientras faenaba.

A pesar de todo, la descontextualización de los bienes al extraerlos y la poca precisión sobre el lugar del hallazgo al entregarlos, ha comportado más de un siglo para realizar una probable “recontextualización” y una considerable pérdida de información.

2.4 El tesoro de Aliseda

El tesoro de Aliseda (Cáceres) está conformado por más de trescientas cincuenta piezas de oro, plata y bronce. Está fechado entre los siglos VII y V a.C. y la historia de su hallazgo es casi tan novelesca, o más, que la de Guarrazar.

Se encontró de forma “casual” el 29 de febrero de 1920. La versión oficial es la de José Ramón Mélida (Mélida 1921, 5), entonces director del Museo Nacional de Arqueología, y que reproduzco textualmente para darnos cuenta de la magnitud del desastre.

Explica cómo un niño, Jenaro Vinagre Rodríguez, de tan solo siete años, estaba ayudando a sus tíos que recogían tierra para el tejar de su propiedad cuando “sintió que al pico se oponía un obstáculo, y al mirar qué fuere vio era como una vasija, que acaso rompió, y unas cadenas y pulseras de oro. Avisó en seguida a sus tíos Victoriano y Jesús (conocido por Juan) Rodríguez Santano, condueños del tejar, los cuales acudieron al sitio indicado y despertada en ellos la codicia, el Juan despachó al chico violentamente para que se fuese a casa. Pero el chico, curioso a su vez, se quedó allí, y vio cómo sus tíos rebuscaban y llenaban hasta dos cubos de tierra con la que estaban mezcladas numerosas alhajas. Posiblemente, ellos mismos por su rudeza e ignorancia las desbarataron y mezclaron con la tierra, rompieron o acabaron de romper la vasija y otros objetos, y malograron, por lo tanto, el primer dato de la situación arqueológica de esas joyas que pudieron adornar el cadáver de una persona en su sepultura o ser guardadas en vasijas y enterradas como tesoro. Dichos descubridores resolvieron lavar las alhajas para limpiarlas de la tierra adherida y esta operación la llevó a cabo una mujer del tejar en el río Salor, donde seguramente se acabaron de romper algunas alhajas y de perder otras”.

Estudios recientes dudan en parte de esta versión, en cuanto a la participación del niño, que puede constar en razón a los derechos que podrían corresponder a su madre (era huérfano de padre). Fijémonos en el hecho de que muchos de estos descubrimientos los realizan menores de edad. Puede ser, como en este

caso, que tenga que ver con el reparto del posible premio, pero también es posible que sea para prevenir o evitar sanciones.

Niño o no, el destrozo es igual o peor. Y la historia justo empieza. Como en Guarrazar, lo intentan vender, esta vez a un relojero de Cáceres. Pero desde el ayuntamiento de Aliseda, avisan al juzgado y las piezas son decomisadas. El ayuntamiento, era el propietario de las tierras comunales donde se produjo el hallazgo, y no quería quedar al margen de los derechos que podrían corresponderle -estaba en vigor la ley de 1911 y recordemos que el premio se repartía entre propietario y descubridor-. A finales de marzo de aquel 1920, algunas piezas que no habían sido incautadas (quizás ignoraban incluso de su existencia) fueron entregadas a un religioso franciscano bajo secreto de confesión. Después de años de litigios, los hermanos Rodríguez Santano fueron premiados en 1926 con casi diecisiete mil pesetas, mucho menos de las expectativas iniciales (Pavón et al. 2017 y Rodríguez Díaz et al. 2014 y 2020).

El azar se terminó en cuanto se apartó al crío -de acuerdo con la versión oficial- y los tíos empezaron a remover. Teniendo en cuenta de que se trataría de una única actividad y de que después intentarían venderlo, podríamos calificarlo de arqueofurtivos casuales negociadores. Si, a partir de este primer hallazgo, se hubieran dedicado a la búsqueda de más tesoros, habrían sido retipificables (Alay 2022, 304).

2.5 El tesoro de El Carambolo

Este tesoro lo conforman veintiuna piezas de oro de unos veinticuatro quilates: un collar, dos pectorales, dos pulseras y dieciséis placas. Ha sido fechado entre finales del siglo VIII al VI a.C. Se descubrió mientras se realizaban unas obras de ampliación de las instalaciones de tiro al pichón en El Carambolo, Camas (Sevilla), el 30 de septiembre de 1958. Como es habitual en estos casos, hay distintas versiones de los hechos. Referiremos la oficial, facilitada por el arqueólogo Juan de Mata Carriazo y Arroquia que, como delegado de zona de las excavaciones arqueológicas, intervino desde el primer momento (Carriazo 1970, 38-39).

Explica que, siguiendo las instrucciones del arquitecto, una cuadrilla de veinticinco albañiles, hacían un pequeño rebaje, cuando uno de ellos, Alonso Hinojos del Pino, tropezó con un objeto metálico dorado. Enseguida despertó la curiosidad de todos los presentes. En un primer momento, creían que era de cobre, pero comprobando que no estaba oxidado, se planteó la posibilidad de que se tratara de oro. Inmediatamente, comenzaron a remover el lugar, hasta encontrar una especie de lebrillo de cerámica lleno de objetos similares. Se pusieron a limpiarlos. Uno de los albañiles rompió uno, para comprobar si era macizo -uno de los pectorales-. Terminaron creyendo que eran modernos. Se llegó a sugerir que podrían ser imitaciones de joyas para la ópera o películas históricas. Se repartieron los hallazgos y siguieron trabajando.

Dado el ajetreo, el encargado de la obra, decidió finalmente que se pusieran todos los objetos en un saco y entregarlos a los propietarios. Por suerte, estos lo comunicaron al Museo Arqueológico de Sevilla. Verificada la importancia del

hallazgo, pronto se pudieron hacer excavaciones arqueológicas, descubriendo el denominado santuario de El Carambolo.

Cabe decir que la descontextualización del tesoro comportó, entre otras pérdidas, la desaparición del lebrillo que lo contenía, muestra de hasta qué punto se removió el lugar. Únicamente se recuperó un pequeño fragmento, que uno de los albañiles se lo había guardado como recuerdo.

Este hallazgo tiene todavía un epílogo. El 20 de octubre de 1963, se recibió en el Museo arqueológico de Sevilla una figura de bronce que representaba a la diosa Astarté, descubierta por azar en El Carambolo. Supuestamente, la encontró José Hidalgo Medina, uno de los albañiles que trabajaba en el tiro, justo un día antes de descubrirse el tesoro. Esperaba venderla como chatarra, pero, con el ajetreo del tesoro, se asustó -podrían pensar que escondía parte del mismo- y la guardó hasta que se decidió a entregarla cinco años más tarde. Tres años después, le premiaron con unas diez mil pesetas -equivalente a lo que podía ganar en un año de trabajo-.

Pero no fue así. El verdadero descubridor de la figura era un niño de once años, Manuel Luque Ramírez, mientras preparaba trampas para pájaros en las laderas de El Carambolo. Sucedió en otoño de 1959, un año después de encontrarse el tesoro. La utilizó para aguantar libros y, de tanto en tanto, como martillo. Hasta que un día, el padre del niño la vendió a un vecino por cinco o seis duros. El vecino era el albañil que, poco después, la entregó, arrogándose el descubrimiento (Fernández 2011).

Los albañiles del tiro, se repartieron y se quedaron las piezas como curiosidades, después de una primera verificación y creyendo que no tenían ningún valor crematístico. Si fuera así, en términos actuales, se podrían calificar de casuales trofeistas. Lo más probable, pero, es que cuando supieran de su valor, intentasen venderlas. Entonces, se calificarían de negociadores. Respecto a la figura de Astarté, se trata de un hallazgo por azar, no informado debidamente, y que el niño se quedó, sin intención de venderla o intercambiarla. Calificable, entonces, de casual trofeista (Alay 2022, 304)¹⁰. Las posteriores acciones del padre no se pueden vincular al hecho del hallazgo (la vendió cuatro años después de descubrirse).

2.6 El tesoro de Berzocana

Componen este tesoro dos torques de oro y una pátera de bronce, correspondientes cronológicamente al bronce final. La versión oficial explica que se descubrió a finales del mes de abril 1961 por el joven pastor de cabras Domingo Sánchez Pulido, que tenía catorce años, en un paraje montañoso de

¹⁰ Nota de traducción: Estas calificaciones, aunque estrictas, son discutibles. Conforme las versiones apuntadas, en ninguna de las dos acciones hubo intencionalidad "arqueológica". Tanto los albañiles como el niño, ignoraban que se trataba de bienes arqueológicos, considerándolos simplemente objetos curiosos sin valor crematístico. Podría plantearse una nueva categoría de los buscadores casuales: inconscientes (en cuanto ignoran totalmente la condición arqueológica del hallazgo). Sin embargo, la ignorancia de la ley no exime de su cumplimiento (artículo 6.1 del Código Civil), por lo que las remociones realizadas en el yacimiento, inconscientes o no, constituyen una actividad arqueofurtiva.

Berzocana (Cáceres). Se fijó en algo que brillaba en un pedregal y se produjo el hallazgo por azar.

Llevó los objetos descubiertos a sus padres que, conjuntamente con el propietario del terreno, los entregaron a las autoridades. Verificado el lugar del hallazgo, se comprobó que había sido alterado por los vecinos y no era posible efectuar ninguna intervención arqueológica.

El caso se complicó cuando se supo que una tercera pieza de oro, similar a las descubiertas, había sido vendida en Navalморal de la Mata. La Guardia Civil consiguió identificar a los vendedores -los padres del descubridor- y confirmar que la pieza había sido fundida.

El tesoro se valoró en ciento treinta y cinco mil de las antiguas pesetas, siendo adquirido por el Estado. En 1963 se entregaron las dos cantidades de sesenta y siete mil quinientas pesetas, para el propietario y los descubridores, conforma la legislación del momento (Rodríguez Díaz, Duque y Pavón 2015, 42).

Estudios posteriores han revisado documentación, testimonios y supuesto lugar del hallazgo. Había muchas incoherencias. No todos eran tan inocentes como parecía, y, es probable, que el descubrimiento se produjera en el yacimiento del Castro del Terrero, donde podían observarse diversas remociones (Pavón, Duque y Rodríguez Díaz 2018).

Se trata de arqueofurtivos casuales, con intención de sacar un beneficio económico del hallazgo. Calificables en la categoría de negociadores (Alay 2022, 304)¹¹.

2.7 El tesoro de Villena

El 22 de octubre de 1963, un joyero de Villena (Alt Vinalopó, Alacant), avisó al comisario local de excavaciones arqueológicas, José María Soler. Una señora de ascendencia gitana, le había llevado a valorar una pulsera de oro que parecía antigua. Según las declaraciones de esta señora, la joya la había encontrado su marido, que era albañil, entre las gravas para hacer hormigón en una obra que se estaba haciendo en la misma Villena. El marido confirmó las declaraciones y terminaron entregando la pulsera.

Con la sospecha de que estas declaraciones no se ajustaran a la realidad, se denunció al juzgado. Las indagaciones concluyeron que la pulsera no fue descubierta por el marido, sino por un compañero del trabajo que la había entregado al responsable de la obra. Creyendo que se trataba de una pieza del

¹¹ Nota de traducción: Aparte de la versión oficial, las remociones verificadas en el yacimiento plantean la posibilidad de que no se tratara de ningún hallazgo casual, sino del resultado de actividades arqueofurtivas. Al no constatarse más actividades en otros yacimientos, apunta a un hallazgo casual en el castro que fue el desencadenante de la actividad en el mismo. Posiblemente, sea más acertada la calificación de casuales, en una primera acción, retipificados en traficantes -acciones reiteradas en el castro, durante un período indeterminado de tiempo-.

engranaje de los camiones que traían la grava, la dejaron a la vista de todo el mundo. El marido la mangó para verificar su valor.

Un mes después, el mismo joyero comunicaba que otra señora, también de etnia gitana, le traía una pulsera similar a la anterior. Esta segunda señora y su marido, transportista de gravas, afirmaban que la joya era de su difunta abuela y hacía mucho tiempo que estaba guardada en casa. Intervino el juzgado de nuevo. Finalmente, confesaron que no era de la abuela, sino que él la había encontrado en una de las ramblas donde extraía la grava.

Poco después, un ferroviario entregaba una tercera pulsera que, según explicaba, sus hijos (vuelven a aparecer los menores) se habían encontrado jugando en un amontonamiento de tierra.

Finalmente, el 1 de diciembre de 1963 se localizó el lugar del tesoro. Se hizo tarde, anocheció y la extracción fue prácticamente nocturna, puesto que una vez descubierto, no se podían arriesgar a dejarlo expuesto a más expolios.

El tesoro de Villena está compuesto por cincuenta y nueve piezas de oro, plata, hierro y ámbar. Está fechado en el bronce final (Soler 1965 y Soler et al. 2005).

Se desprende del relato que el hallazgo lo hizo una persona que se dedicaba a la extracción de gravas. El descubridor lo comunicaría a su familia, de etnia gitana, que habrían decidido vender las piezas poco a poco y por separado. Se trataría de una actividad arqueofurtiva casual, de categoría negociadora (Alay 2022, 304).

2.8 Los tesoros de Arrabalde

A finales del mes de agosto de 1980, el abogado Victorino Llordén Vega, encontró por azar más de cincuenta piezas de oro y plata en el Castro de Las Labradas, en Arrabalde (Zamora). Utilizaba un aparato detector de metales. Aun así, se consideró un hallazgo casual y se adquirió por el Estado (ignoro por qué cantidad). Un mes después del descubrimiento, se encargó al arqueólogo Germán Delibes la prospección y excavación del lugar. No fue posible, pues, el sector del yacimiento relacionado con el tesoro “había sido vandálicamente saqueado” (Martín y Delibes 1981, 153-154).

Desde un primer momento, extrañó no encontrar ninguna moneda con las joyas. El misterio se resolvió unos años más tarde, cuando la revista especializada *Numisma* publicó un artículo sobre las monedas del tesoro. El autor afirmaba que “me consta y afirmo que fueron halladas con el tesoro comentado, reservándome la situación de ellas”. Eran un total de veinte, aunque el autor sabía de “la existencia de muchas más que me constan hubo, procedentes del mismo hallazgo” (Sánchez de Arce 1984, 55-56).

El descubridor había hecho, pues, doble negocio. Había entregado las joyas a las autoridades, quedando como buen ciudadano y cobrando el premio, por un lado. Nada dijo, pero, de las monedas que, según parece, vendió, por otro lado.

Este caso inspiró al padre del arqueólogo, el reconocido escritor castellano Miguel Delibes, la novela “El tesoro” (Delibes 1985 y Hernández García 2017), siendo una de las pocas obras literarias sobre el arqueofurtivismo actual. De esta, en 1988 se hizo una película homónima, dirigida por Antonio Mercero y protagonizada por José Coronado y Álvaro de Luna.

Se mire como se mire, es un caso de arqueofurtivismo, ya que buscaba expresamente (con aparato detector de metales) en un yacimiento arqueológico. Se le podría calificar de traficante completo (Alay 2022, 304).

Todavía hay un epílogo. En 1987 ingresó en el Museo de Zamora un segundo tesoro procedente del mismo castro. Había sido incautado en un operativo policial contra el arqueofurtivismo (García Ramos 1988, 67 y Esparza 1988).

2.9 El plomo de Monteró

En mayo de 1982, el adolescente Pere Vidal localizó de “manera fortuita” la primera lámina de plomo con epigrafía ibérica encontrada en comarcas leridanas. Buscaba material bélico con un aparato detector de metales, por la montaña de Monteró (Camarasa, la Noguera, Lleida).

De este modo explican el hallazgo: *“topó con una lámina enrollada sobre sí misma, en forma de objeto cilíndrico algo allanado. La regularidad de los pliegues y la observación de letras ibéricas en su interior, que el descubridor identificó de resultas de su afición al coleccionismo de monedas, le provocaron la curiosidad y le condujeron a la apertura inexperta del documento, provocando el consiguiente estropicio. El resultado fue la ruptura de la lámina en cuatro fragmentos, que hoy encajan bien, y el desmenuzamiento y pérdida irreparable de la porción inferior de la zona central”* (Ferrer et al. 2009, 115-116 y Nota 5).

El análisis paleográfico permitió datar la lámina en un momento anterior al primer cuarto del siglo II a.C. En 1983 se cedió al Gabinete Numismático del Instituto de Estudios Ilerdenses.

Pere Vidal formaba parte de un grupo de personas que, durante la primera mitad de los años ochenta del siglo pasado, exploraban con los detectores de metales por las comarcas de Lleida. Su objetivo, eran, fundamentalmente, las monedas. Su líder era Francesc Segura. En un artículo publicado en el diario *La Mañana* el 5 de agosto de 1983, Francesc declaró que dedicaba una media de veinte horas semanales a la búsqueda, se fotografió junto a sus piezas e informó de los yacimientos donde las había obtenido. Según este artículo, firmado por Josep Ramón Correal, un jeque árabe estaba interesado por comprar un lote de veintiocho monedas romanas. Segura, decía que en Lleida había, por aquel entonces, unas ocho o nueve personas que se dedicaban a buscar monedas, pero únicamente una de ellas lo hacía para venderlas.

En 1984 se incoó un expediente sancionador a Francesc Segura, finalizando en 1989 con el decomiso de una serie de materiales arqueológicos. Raimon Carrasco, entonces subdirector general de Cultura, afirmaba que, en este caso,

el decomiso era la única sanción posible, ya que las leyes de 1911 y 1933 no preveían la económica. Aparte, las experiencias por vía penal de los últimos años habían tenido escaso éxito (Alay 2015, 80).

La búsqueda de material bélico era la excusa habitual de los arqueofurtivos, porque estaba permitida al no considerarse bienes arqueológicos. Tampoco lo eran las trincheras, ni los campos de batalla contemporáneos. Debe tenerse en cuenta, pero, que muchos de estos sitios -ubicados en lugares estratégicos-, acostumbran a coincidir con asentamientos antiguos, por lo cual una exploración de este tipo afectaba, a menudo, a un yacimiento reconocido como tal.

El yacimiento de Monteró se encuentra en el que fue frente del Segre en 1938 y está lleno de estructuras y materiales. La excusa era perfecta. El descubridor del plomo era coleccionista de monedas y formaba parte del grupo de Francesc Segura. Afirmar que el descubrimiento fue fortuito es, como mínimo, osado.

2.10 Los tesoros de Padilla de Duero

Tres son los tesoros encontrados, que se sepa, en el poblado protohistórico de Las Quintanas en Padilla de Duero (Valladolid), y, ninguno de ellos, en intervenciones arqueológicas autorizadas. El primero se descubrió en 1968 con motivo de trabajos agrícolas; el segundo, en 1984, lo hallaron dos arqueofurtivos y el tercero, en 1985, durante las obras para hacer unas canalizaciones subterráneas. La ocultación de los tres ha sido fechada en el siglo I a.C. Nos interesa el segundo.

El 7 de octubre de 1984, dos arqueofurtivos de Cuéllar (Segovia), utilizando un aparato detector de metales, se encontraron con un tesoro de joyas y monedas. En concreto, diez pendientes de oro, ocho objetos de plata (cuatro anillos, una fíbula, dos pulseras y el fragmento de una tercera) y diecisiete monedas (Delibes de Castro et al. 1993). En el momento de la extracción les sorprendió un vecino de Padilla, aficionado a la arqueología, recriminándoles su acción. Le dieron un anillo de plata y una moneda en compensación del silencio. El aficionado, pero, anotó la matrícula del vehículo de los arqueofurtivos -facilitando su posterior identificación- y denunció los hechos¹².

Este tesoro es importante de reseñar en cuanto el vecino de Padilla reclamó el premio que correspondía como hallazgo por azar, de acuerdo con la todavía vigente ley de 1911. El reclamante insistía en que el lugar del hallazgo no se podía considerar como un yacimiento arqueológico, propiamente dicho, al no estar declarado ni delimitado, y que el descubrimiento fue fortuito, sin realizar ninguna excavación por su parte, puesto que se encontraba en la superficie (lo habían extraído los otros), sin que el recurrente llevara ni utilizara el detector de metales de las dos personas que encontró en el lugar, “aunque sirviese de ayuda en el rastreo, después de recuperar el tesoro, por si en la zona de influencia hubiera más objetos”.

¹² Artículo “El juez decidirá sobre el tesoro de Padilla de Duero”, publicado en el diario El Norte de Castilla el 25 de octubre de 1984.

El procedimiento judicial llegó hasta el Tribunal Supremo. La Sentencia de 10 de abril de 1991¹³ desestimó su último recurso, confirmando que el hallazgo no fue por azar, sino consecuencia de una remoción arqueofurtiva, realizada en un yacimiento arqueológico conocido, a pesar de no estar declarado, utilizando un detector de metales y por personas con conocimientos arqueológicos, pero sin el permiso necesario, y, en consecuencia, por todo ello, el descubrimiento se consideraba fraudulento.

Esta resolución ha establecido precedente, en cuanto los hallazgos realizados con aparatos detectores de metales no se pueden considerar como hechos al azar. Por este motivo, casi todas las leyes autonómicas sobre patrimonio cultural, elaboradas con posterioridad, cuando regulan el uso de los detectores de metales, especifican que los autores de los hallazgos realizados con los mismos -aunque hayan sido autorizados- no tienen derecho a ninguna compensación económica.

2.11 Los bronce de Llavorsí

Con la ayuda de un aparato detector de metales, Josep Company, descubrió en 1985 el escondite del depósito de bronce de Llavorsí (Pallars Sobirà, Lleida). El señor Company era coleccionista de material bélico. En la zona del hallazgo, entre los días 22 y 25 de julio de 1938, se produjo la denominada batalla del Baladredo, hecho que motivaba sus búsquedas.

El depósito consta de un total de ciento cuarenta y ocho objetos, entre piezas enteras y fragmentos, con un peso total de poco más de siete quilos. El conjunto ha sido datado entre el final del siglo VIII a.C. y el principio del siglo VII a.C. Pocos días después del hallazgo, se entregó al Servicio de Arqueología (Gallart 1991, 11-12).

En este caso, nos encontramos con un coleccionista de material bélico, no dispongo de datos para creer que se trate de una excusa -como en Monteró-. Hemos de tener en cuenta que la entrega se produjo a los “pocos días del hallazgo” -ignoramos cuantos-, no de forma inmediata, y no sabemos los motivos de esta demora ni si los bienes sufrieron algún deterioro por esta razón. Hemos de confiar también que no faltara ninguno de los bienes que componían el depósito (recordemos Arrabalde). Lo más lamentable, es la extracción, hablamos de ciento cuarenta y ocho bienes, que provocó su descontextualización y consecuente pérdida de información.

3 Descontextualización

Se puede afirmar que el contexto es uno de los cimientos del método científico en arqueología. Constituye toda información vinculada a los bienes arqueológicos, en relación tanto con el lugar en el que se encuentran -donde y como-, así como con todos los demás bienes. Todos los bienes, tanto muebles como inmuebles, y, tanto considerados de forma individual como conjunta.

¹³ Sección tercera de sala contenciosa administrativa del Tribunal Supremo. Sentencia núm. 860. Id Cendoj: 28079130031991100106.

Todas estas interrelaciones facilitan mucha información y la elaboración de hipótesis, por lo que se refiere a cronologías, funcionalidad... Por ejemplo, un pequeño fragmento cerámico que tenemos datado, nos puede orientar o confirmar la cronología de su secuencia estratigráfica. Este mismo fragmento, según la posición en que se encuentre en relación con otros pedazos del recipiente del cual formaba parte, nos puede permitir inferir cómo se rompió este y el porqué. Nos puede indicar que cayó desde un piso superior o desde un estante, por ejemplo. Asimismo, todas estas informaciones nos permiten saber más sobre la habitación, el edificio y el yacimiento en los que se encuentra.

En arqueología, la información inherente a un bien arqueológico es mucho más importante que su valor material. Un trocito de cerámica puede ser más valioso que un pendiente de oro. El gran tesoro arqueológico es la información que facilitan los bienes, no su valor crematístico.

Pero, para que sea posible, deben estar contextualizados. Han de encontrarse en su lugar y posición, hace falta que su extracción se documente y se haga de forma cuidadosa. De no ser así, se descontextualiza y se malogra la información, el verdadero tesoro.

Más. Cuando se descontextualiza un bien arqueológico, no es el único que resulta afectado, sino también todos los que se encuentran en relación con el mismo. Para hacernos una idea aproximada de lo que realmente implica la descontextualización de un bien, no la deberíamos de contar como unidad, sino, multiplicarla por cuatro como mínimo. De este modo, cuando nos dicen que un arqueofurtivo ha extraído tres bienes arqueológicos, en realidad han sido un mínimo de doce (todos los realmente afectados). Las verdaderas dimensiones del expolio arqueológico son sensiblemente más importantes de lo que parece.

No todas las descontextualizaciones tienen la misma incidencia. Proponemos una tipología relacionada con el contexto arqueológico, para entenderlo mejor:

a. Descontextualización estratigráfica: Cuando el bien extraído se encuentra en su estrato arqueológico. Es la más grave y la que, en general, afecta de forma directa e indirecta a más bienes arqueológicos interrelacionados.

b. Descontextualización ubicacional: Cuando el bien extraído está en un lugar que no se corresponde con su estrato arqueológico original. Distinguimos dos subtipos:

b.1 Superficial: El bien extraído se encuentra en la superficie de yacimiento o inmediato entorno, aunque no estratificado. Puede ser por causas naturales (lluvias intensas, desprendimientos, solifluxión...) o antrópicas (trabajos agrícolas, obras...). En el proceso hemos perdido mucha información, pero también sigue manteniendo mucha, tanto en relación con el yacimiento como con los otros bienes.

b.2 Deslocalizada: El bien extraído no se encuentra en el yacimiento al cual corresponde. Ha sido desplazado por causas antrópicas o naturales. Por ejemplo, una deslocalización antrópica, sería cuando en una obra en un yacimiento no identificado, se carga un camión con tierra, en la que hay bienes arqueológicos. Este suelo se transporta hasta un vertedero, en el cual queda depositado. A pesar de su descontextualización del yacimiento, los bienes arqueológicos siguen vinculados entre sí, y, esta interrelación nos facilita informaciones que nos pueden permitir incluso su recontextualización geográfica. Una descontextualización natural se puede dar, por ejemplo, cuando un temporal marítimo afecta a un pecio o a un fondeadero y las olas depositan bienes en la playa. Aun así, siguen facilitando información de procedencia y se pueden realizar estudios de distribución espacial. Todo se pierde cuando alguien los recoge y se los lleva.

En el apartado anterior, hemos repasado una serie de hallazgos que la historiografía arqueológica considera hechos al azar, pero que han motivado - en mayor o menor medida- la descontextualización de los bienes y, en consecuencia, la pérdida del auténtico tesoro arqueológico.

4 Protocolo Eureka

Experiencias como las expuestas, han motivado que con el tiempo se vayan adaptando las regulaciones -como hemos visto en el primer apartado de este trabajo- y llevado a cabo diferentes acciones para evitar estropicios y preservar tanto los bienes arqueológicos como su contexto.

Debe hacerse especial mención a la pionera campaña “SOS” de salvaguarda del patrimonio arqueológico sumergido. Se puso en marcha por primera vez el verano de 1999, por iniciativa del Centro de Arqueología Subacuática de Catalunya. En principio, estaba dirigida a submarinistas y pescadores con el objetivo de incentivar la declaración de los hallazgos casuales (Nieto 2001, 102). Era muy simple: un volante en el cual se indicaba un teléfono de contacto. Pronto, sin embargo, se convirtió en una herramienta de concienciación, así como en un medio para facilitar las denuncias en caso de advertir un expolio. En 2009 se sumaron a la iniciativa otras comunidades (Valencia y Andalucía) e instituciones (Museo Nacional de Arqueología Subacuática de Cartagena), además de cuatro países europeos (Portugal, Francia, Malta e Italia), adhesiones que no han parado de crecer desde entonces (Alay y Fullola 2023, 563).

Significativo también fue el folleto distribuido en relación con la exposición “*En busca del tesoro perdido. Un daño irreparable para nuestro territorio*”, celebrada en el Bibat-Museo de Arqueología de Álava en 2021. Se entiende como reacción a los operativos *Ondare* y *Burdin* de la Ertzaintza, que pusieron de manifiesto un preocupante incremento de las actividades arqueofurtivas en la región. El folleto era un tríptico a dos caras en forma de manual, para explicar qué debe hacerse en caso de encontrarse fortuitamente con algún bien arqueológico, que se distribuyó con generosidad (Alay y Fullola 2023, 562).

En la realidad, cuando realmente lo necesitamos, nos encontramos con una serie de contactos telefónicos que, a la hora de la verdad, no tenemos disponibles. Además, no hay concreción en lo que se refiere a la gestión de las administraciones. En concreto, si es necesario o no, hacer siempre intervenciones arqueológicas, donde depositar los bienes recuperados, colmatación del lugar de los hechos... Con la finalidad de simplificar y facilitar todas las gestiones, tanto de los ciudadanos como de las administraciones, se propone el que denomino Protocolo Eureka¹⁴.

a Descubrimiento: En el momento que advertimos que puede tratarse de un bien arqueológico, no tocar nada. Cualquier remoción o intento de extracción posterior, sería una acción arqueofurtiva.

b Comunicación: Debe informarse de forma inmediata. Para facilitar esta gestión se podría utilizar el teléfono gratuito 012, de atención sobre los servicios y actuaciones de la Generalitat. Utilizamos así un teléfono ya existente, evitando la multiplicación de teléfonos que a la hora de la verdad nadie encuentra ni sabe dónde encontrarlos. Debería de formarse mínimamente a los operadores de la línea 012, a fin de poder atender diligentemente cuando sea el caso, informar adecuadamente al comunicante y dirigir la llamada a quien corresponda.

Es posible, sin embargo, que el bien encontrado sean restos humanos o material bélico, presuntamente arqueológicos, ya que hoy día, en Catalunya, los vestigios de los últimos conflictos bélicos (guerras carlistas, civil...) ya se consideran arqueológicos. Para estos casos existe un protocolo establecido. El teléfono a utilizar es el de emergencias, 112¹⁵.

En el transcurso de un seminario dirigido a agentes rurales y mossos, en el que se presentó este protocolo, los asistentes opinaron que todos los hallazgos, sean del tipo que sean, se podrían comunicar al teléfono de emergencias, 112. Simplifica todavía más el proceso y tampoco se prevé un número tan considerable de hallazgos, como para colapsar el sistema¹⁶.

c Intervención: Recibida la comunicación, será obligado a realizar una intervención preventiva. La finalidad es verificar la existencia o no de un yacimiento en el lugar y, si procede, extraer el bien localizado.

En el caso de los bienes bélicos, potencialmente peligrosos, la intervención se limitará a georreferenciar el hallazgo y tomar el máximo de imágenes posibles. Facilitando información para su posterior análisis. En esta línea, en enero de 2024, los mossos presentaron un mapa interactivo de artefactos intervenidos

¹⁴ Eureka!!! Lo he encontrado, en griego. La expresión se vincula al matemático griego Arquímedes (siglo III a.C.) cuando inesperadamente descubrió su famoso principio (el volumen de cualquier cuerpo puede ser calculado midiendo el volumen del agua desplazada cuando el cuerpo se sumerge en ella).

¹⁵ https://mossos.gencat.cat/ca/consells_de_seguretat/persones/emergencies/consells-en-cas-de-trobada-dun-artefacte-explosiu-de-la- guerra-civil/index.html

¹⁶ Nota de traducción: Finalmente, con posterioridad a la redacción de este artículo, se regularizó en Catalunya el uso del teléfono de emergencias 112, para atender todos los casos de posibles hallazgos por azar.

por los TEDAX (Técnicos Especialistas en Desactivación de Artefactos explosivos) entre los años 2012 y 2024¹⁷. Estas informaciones debería recopilarlas el Servicio de Arqueología y estar disponibles para los investigadores.

d Adecuación / Colmatación: Realizada la intervención, adecuar el lugar o proceder a su colmatación, según se determine en razón de los resultados obtenidos.

e Restauración: Restaurar el bien localizado, por parte de los correspondientes profesionales.

f Depósito: Trasladar el bien al depósito que se determine, donde pueda conservarse en las condiciones adecuadas. El depósito deberá estar localizado lo más cerca posible del lugar del hallazgo. Debe estar accesible a los investigadores, para poder realizar los correspondientes estudios.

g Difusión: Facilitar la realización de exposiciones, charlas, visitas... No pueden quedar siempre en un almacén, deben retornar a la sociedad.

Respecto al premio económico que prevé la vigente legislación, debería eliminarse. La experiencia ha demostrado que casi siempre hay desavenencias con las cantidades, comportando incluso reclamaciones judiciales. Tampoco hay noticias que constaten haya contribuido a reducir el arqueofurtivismo. En todo caso, debería hacerse un reconocimiento público a los descubridores -en la forma que se considere-, pero nunca una retribución económica.

Esperemos que, a partir de ahora, se pueda distinguir entre un hallazgo al azar de una actividad arqueofurtiva, gestionando cada cual conforme normativa.

Bibliografía

ALAY, J.C. (2000). *L'espoli arqueològic a Catalunya: el "furtivisme". Bases jurídiques i conceptuals*. Tesis de licenciatura. Director: Josep Maria Fullola i Pericot. 107 págs. Inédita. Universitat de Barcelona.

ALAY, J.C. (2015). *L'espoli arqueològic a Catalunya: Sistematització de la tipologia conductual dels furtius*. Tesis doctoral. 538 págs. Universitat de Barcelona. Publicación digital: <http://hdl.handle.net/10803/396672>

ALAY, J.C. (2020). "Combatiendo al arqueofurtivismo en España" en Mónica Bouso, Ignacio Rodríguez Temiño y Ana Yáñez (eds.), Dossier: Espoli, tràfic il·lícit i falsificacions de béns arqueològics, *Revista d'Arqueologia de Ponent* (RAP) núm. 30, págs. 149-174. Universitat de Lleida.

ALAY, J.C. (2021). *Manual: Arqueofurtivismo. El estudio de las intervenciones arqueológicas ilegales*. Col·lecció Vària núm. 2. Ed. Societat Catalana

¹⁷ <https://dsp.interior.gencat.cat/handle/20.500.14007/554#page=1>

d'Arqueologia y Seminari d'Estudis i Recerques Prehistòriques. 165 pàgs. Barcelona.

ALAY, J.C. (2022). "El mètode Rocafort. En la ment dels arqueofurtius" en *Felibrejada* núm. 100, pàgs. 301-320. Grup d'Història del Casal de Mataró.

ALAY, J.C. y FULLOLA, J.M. (2023). "Museos arqueológicos y gestión del arqueofurtivismo" en *Boletín Museo Arqueológico Nacional* núm. 42, pàgs. 549-566. Ministerio de Cultura y Deporte. Madrid.

ALEGRE, J.M. (1994). *Evolución y régimen jurídico del Patrimonio Histórico*. Colección Análisis y Documentos, núm. 5. Ed. Ministerio de Cultura. Vol. I, 678 pàgs. y Vol. II, 806 pàgs. Madrid.

ALEGRE, J.M. (1997). "El Patrimonio Arqueológico: Aspectos de su régimen jurídico" en *Patrimonio Cultural y Derecho*, núm. 1, pàgs. 121-129. Madrid.

ALVAREZ, J.L. (1989). *Estudios sobre el Patrimonio Histórico Español*. Ed. Civitas, S.A., 897 pàgs. Madrid.

BALMASEDA, L.J. (1995a). "El tesoro perdido de Guarrazar" en *Archivo Español de Arqueología* núm. 68, pàgs. 149-164. Servicio de Publicaciones del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid.

BALMASEDA, L.J. (1995b). "La reclamación diplomática del Tesoro de Guarrazar" en *Boletín ANABAD* 1/1995, pàgs. 165-175. Madrid.

BALMASEDA, L.J. (1996). "Las versiones del hallazgo del tesoro de Guarrazar" en *Boletín del Museo Arqueológico Nacional* Tomo XIV, Homenaje a Mercedes Rueda Sabater "in memoriam", pàgs. 95-110. Madrid.

BALMASEDA, L.J. (1999). "El diamantista José Navarro y el Tesoro de Guarrazar" en *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, Tomo XVII, núm. 1 y 2, pàgs. 175-188. Ministerio de Educación, Cultura y Deporte. Madrid.

BARCELONA, J. (2000). "El dominio público arqueológico" en *Revista de Administración Pública* núm. 151, pàgs. 133-165. BOE. Madrid.

BARCELONA, J. (2021). "La valoración económica de los bienes arqueológicos y de los daños al patrimonio arqueológico: algunas consideraciones jurídicas" en Ana Yáñez e Ignacio Rodríguez Temiño (eds.), *¿Cuánto valen los platos rotos? Teoría y práctica de la valoración del patrimonio arqueológico*. Pàgs. 53-88. JAS Arqueología. Madrid.

BOSCH, P. (1915). "Troballes a Tivissa" en *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans* MCMXIIIIV, Crònica de la Secció Arqueològica, pàgs. 856-858. Barcelona.

CARRIAZO, J.M. (1970). *El tesoro y las primeras excavaciones en "El Carambolo" (Camas, Sevilla)*. Excavaciones Arqueológicas en España núm. 68. Ministerio de Educación y Ciencia. 108 págs. XXXIII lám. Madrid.

DELIBES, M. (1985). *El Tesoro*. Ed. Destino. 128 págs. Barcelona.

DELIBES, G.; ESPARZA, A.; MARTIN, R. y SANZ, C. (1993). "Tesoros celtibéricos de Padilla de Duero" en *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Junta de Castilla y León. Págs. 397-470. Valladolid.

ESPARZA, A. (1988). "Noticia preliminar sobre el nuevo tesoro de Arrabalde (Zamora)" en *Zephyrus* Vol. 41, págs. 511-515. Universidad de Salamanca.

FARALDO, P. (2020). "Del hurto de hallazgo al expolio de yacimientos arqueológicos. ¿Una oportunidad perdida?" en *Estudios Penales y Criminológicos*, Vol. XL (2020), págs. 471-528.

<https://doi.org/10.15304/epc.40.6540>

FERNANDEZ, F. (2011). "Tras el rastro de la Asatarté de El Carambolo" en *Temas de estética y arte* núm. 25, págs. 54-76. Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría. Sevilla.

FERRER, J.; GARCES, I.; GONZALEZ, J.R.; PRINCIPAL, J. y RODRIGUEZ, J.I. (2009). "Els materials arqueològics i epigràfics de Monteró (Camarasa, la Noguera, Lleida). Troballes anteriors a les excavacions de l'any 2002" en *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló* núm. 27, págs. 109-154. Diputació de Castelló.

GALLART, J. (1991). *El dipòsit de bronzes de Llavorsí (Pallars Sobirà)*. Departament de Cultura. Excavacions Arqueològiques a Catalunya núm. 10. 200 págs. Barcelona.

GARCIA RAMOS, R. (1988). "Recuperación de piezas" en *Anuario 1987* de l'Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo, págs. 67-68. Zamora.

GONZALEZ OLAYA, V. (2021). *La costurera que encontró un tesoro cuando iba a hacer pis y otras historias de la Arqueología española*. Espasa Libros, Ed. Planeta. EPUB.

HERNANDEZ GARCIA, R. (2017). "El Tesoro de Delibes como fuente historiográfica: la visión popular de la arqueología en los años 80" en *Discursos alternativos en la recepción de la antigüedad* (Tomás Aguilera et al. Eds.). Ediciones UAM, págs. 217-238. Universidad Autónoma de Madrid.

MARTIN, R. y DELIBES DE CASTRO, G. (1981). "Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (VIII)" en *Varia de Arqueología, Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología* núm. 47, págs. 153-186. Universidad de Valladolid.

MELIDA, J.R. (1921). *Tesoro de Aliseda. Noticia y descripción de las joyas que lo componen*. Museo Arqueológico Nacional. 32 págs. Madrid.

MOREU, J.L. (1979). "Régimen jurídico de los hallazgos de interés artístico, histórico o arqueológico" en *Revista de Administración Pública* núm. 90, págs. 79-96. BOE. Madrid.

MOREU, J.L. (1993). "Hallazgos de interés histórico, artístico y/o arqueológico" en *Revista de Administración Pública* núm. 132, págs. 171-208. BOE. Madrid.

NIETO, X. (2001). "Arqueologia subaquàtica a Catalunya i legislació" en *Drassana* núm. 9, págs. 96-105. Museu Marítim de Barcelona.

PAVON, I.; RODRIGUEZ DIAZ, A. y DUQUE, D.M. (2017). "El tesoro de Aliseda: de la "historia oficial" a la intrahistoria" en *Historias de Tesoros, Tesoros con historia*, págs. 241-275. Cáceres.

PAVON, I.; DUQUE, D.M. y RODRIGUEZ DIAZ, A. (2018). "El tesoro de Berzocana: una relectura de su descubrimiento y contexto" en Andrés Carretero, Cocha Papí y Gonzalo Ruiz Zapatero (coords.), *Actas del V Congreso Internacional de Historia de la Arqueología/VI Jornadas de Historiografía SEHA-MAN*. 21-23 marzo 2017. Págs. 839-856. Madrid.

RODRIGUEZ DIAZ, A.; ORTIZ, P.; PAVON, I. y DUQUE, D.M. (2014). *El tiempo del tesoro de Aliseda I. Historia e historiografía del hallazgo*. Ed. Tagus. Cáceres.

RODRIGUEZ DIAZ, A.; DUQUE, D.M. y PAVON, I. (2015), "El tesoro de Berzocana: los rastros del hallazgo" en *Norba. Revista de Historia*, Vol. 27-28 (2014-2015), págs. 21-61. Universidad de Extremadura.

RODRIGUEZ DIAZ, A.; PAVON, I. y DUQUE, D.M. (2020). "El tesoro de Aliseda (Cáceres): una relectura" en *Norba. Revista de Historia* Vol. 33, págs. 61-98. Universidad de Extremadura.

RONDA, A. M. (2018). "Revisión de los testimonios y documentos sobre el lugar del hallazgo de la Dama de Elche. La "fita" de Pedro Ibarra y la recreación de Ramos Folqués" en *Archivo Español de Arqueología* núm. 91, págs. 279-303. Madrid.

SANCHEZ JORDAN, M.E. (2004). "Ocupación, Hallazgo y Tesoro" en *Anales de la Facultad de Derecho* núm. 21, págs. 185-229. Universidad de La Laguna.

SANCHEZ DE ARCE, V. (1984). "Las monedas del tesoro de Arrabalde: La Asturias Cismontana" en *Numisma* núm. 186-191, págs. 51-73. Sociedad Iberoamericana de Estudios Numismáticos. Madrid.

SANMARTI, J.; ASENSIO, D.; MIRO, M.T. y JORNET, R. (2012). "El Castellet de Banyoles (Tivissa): Una ciudad ibérica en el curso inferior del río Ebro" en

Archivo Español de Arqueología núm. 85, págs. 43-63. Servicio de Publicaciones del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid.

SERRA RAFOLS, J.C. (1941). "El poblado ibérico del Castellet de Banyoles (Tivissa, Bajo Ebro)" en *Empúries* núm. 3, págs. 15-34. Diputación de Barcelona.

SOLER, J.M. (1965). *El Tesoro de Villena*. Excavaciones Arqueológicas en España 36. Ministerio de Educación Nacional. 75 págs. y LXII lám. Madrid.

SOLER, J.M.; HERNANDEZ, M.S. y SOLER, J.A. (2005). *El Tesoro de Villena. Un descubrimiento de José María Soler*. Catálogo exposición MARQ 20 diciembre 2005 a 19 febrero 2006. 125 págs. Alacant.

TAMAYO, J.A. (1965). "La comisión de expropiación de bienes de valor artístico, histórico y arqueológico" en *Revista de Administración Pública* núm. 47, págs. 95-126. BOE. Madrid.

VAZQUEZ, J. y GARRIDO, P. (eds.) (2017). *El Tesoro del Zaudín: contextualización arqueológica del conjunto numismático tardoantiguo de Tomares (Sevilla)*. Junta de Andalucía. 406 págs. Sevilla.